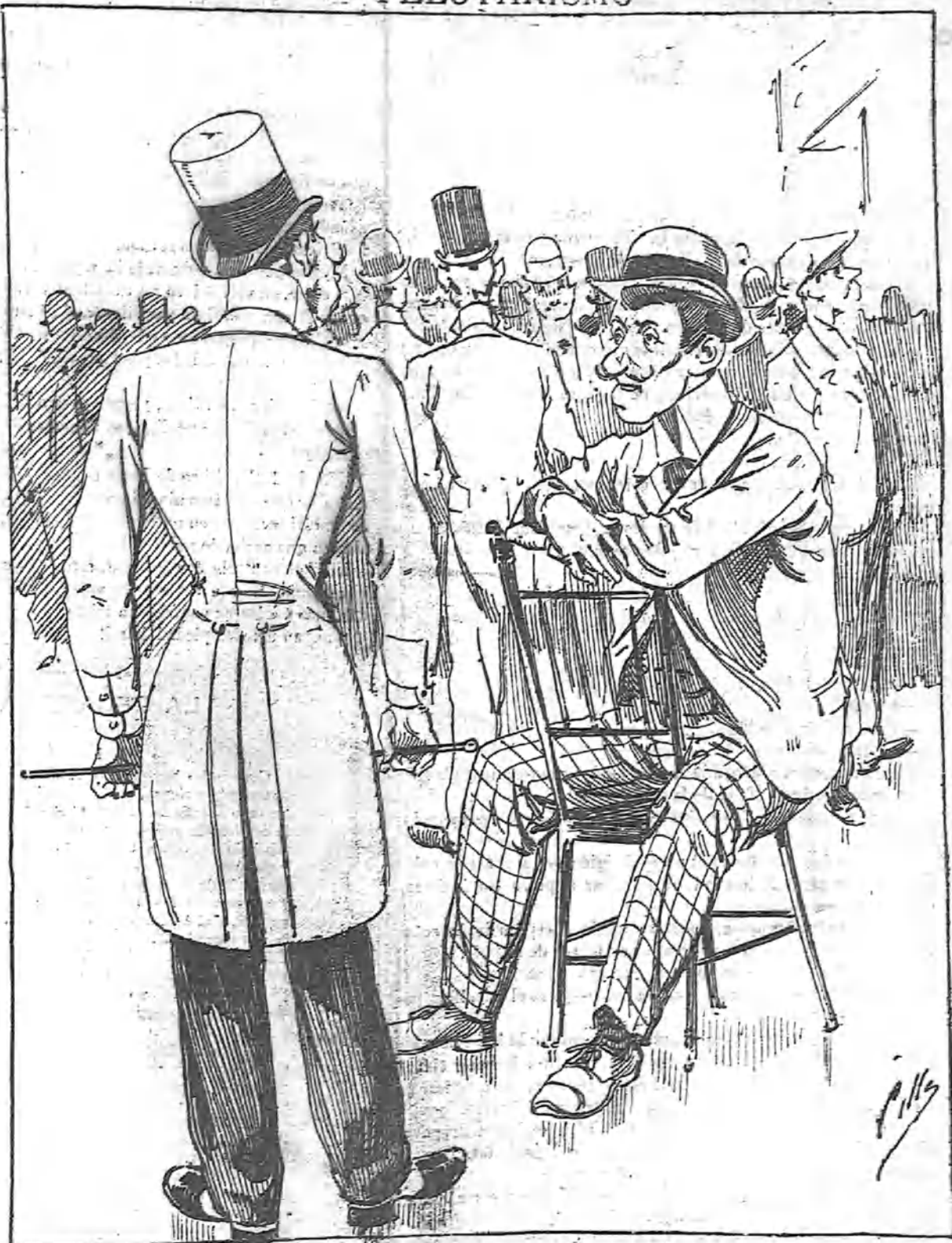


Madrid COMICO

Director: SINESIO DELGADO

PELOTARISMO



—¿A que no sabes a cómo cuestan las peiotas finas de D. Modesto Sáinz? ¡Á cinco pesetas cada una!

—¡Y se llama D. Modesto! ¡Pues si se llega á llamar vanidoso!

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—La pecadora, por Luis de Ansoa.—La mendicidad, por Fiacro Yrázola.—Palique, por Charro.—Buscando el nido, por Juan Pérez Zúñiga.—En el café, por Eduardo de Palacio.—Miniatura, por Sinesio Delgado.—Cuadro de género, por Alejandro Larrubiera.—¿A mí, qué?, por Alberto Casañal Shaker.—Chismes y cachitos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Peleaturismo.—Servicio de campaña.—Anuncios, por Cilla.



¡Cómo están esas horchaterías, cielo santo! Los vecinos de Madrid sudan la gota gorda y se entregan a los refrescos, para calmar la excitación de la sangre.

Todas las mesas están ocupadas. Ante una se sienta un caballero gordo, con pelos de cebra y botines blancos; ha pedido grande de limón y grande de cerveza, y se lo bebe todo en dos veces. En la mesa inmediata tres señoritas ojeras toman agua de naranja. Un matrimonio con perro ocupa la mesa de al lado; la señora coge un poquito de horchata en la punta de la cucharilla, y se la presenta al perro diciéndole:

—Toma tú, cielo.

El esposo replica:

—No se la des aún, que puede estar sofocadito y se va a acatar.

En una mesa del rincón hay un joven lánguido, vestido de negro, que llama a la horchatera y le pregunta:

—¿Hay cebada?

—Sí, señor.

—Pues tráigamela usted.

—¿Sola?

—Sola.

—¿Quiere usted paja?

—¿Cómo?

—Para sorber la cebada.

—No, la necesito.

El joven suspira y apoya la frente en las manos; después saca un retrato y lo besa. Es el de la mujer amada.

En aquel momento el perrito comienza a ladrar desesperadamente.

—Joven—dice la señora del perro dirigiéndose al señorito entusiasmado,—tenga usted la bondad de no mirar al perro con insistencia, porque se alarma.

—Es un animal muy susceptible—añade el esposo de la señora,—y en cuanto le miran se figura que tratan de faltarle.

—Si se ofende, que se ofenda—murmura el señorito.

—Eso no me lo dirá usted en la calle—grita el caballero poniéndose de pie.

Su esposa trata de contenerle, pero él, ciego por la ira, ha levantado el bastón y quiere pegar con él al señorito. Las tres chicas ojeras comienzan a dar voces; el señor gordo procura retirar su silla y pierde el equilibrio, yendo a caer encima del perro.

Los demás parroquianos se alarman y algunos huyen despavoridos; el horchatero acude con el cazo de hoja de lata y se interpone entre el amo del perro y el señorito.

—Déjelo usted—dice éste.—Déjelo usted que me mate. Así como así, mi existencia es un martirio.

Entretanto, el perro, con una pata encogida, lanza agudos aullidos y muerde a todo el mundo.

—¿Qué pasa? ¿qué ocurre?—entra preguntando la autoridad.

—¿Qué quiere usted que haga?—contesta el horchatero.—Que todos los refrescos del mundo no bastan a calmar el ardor de la sangre.

Efectivamente, todos vivimos en plena excitación, y si no nos suicidáramos, es por consideraciones fáciles de comprender.

Empero durante la semana se han registrado varios intentos de suicidio, entre los cuales figura el de una señora que huyó del domicilio conyugal con fines sigilosos.

El esposo alarmado dio parte a la policía, que comenzó a buscar a la señora por todas partes, y al fin dió con ella en las Ventas del Espíritu Santo, donde se disponía a comer un panecillo francés mojado en agua de vegetal.

—¿Qué vas a hacer, desgraciada?—le dió el esposo arrebatándole el panecillo.

—¡Voy a morir!

—¿Por qué?

—Porque estoy celosa.

—¿Celosa de quién?

—De la lavandera.

Costó Dios y ayuda convencer a aquella infeliz de que sus celos eran infundados, y aún hoy no ha desistido en absoluto de sus propósitos. El calor continúa excitando la mente de aquella mujer, de suyo volcánica, y anoche se la encontró su marido, detrás de la cómoda, tratando de abrirse una vena con un trinchante.

Bueno sería que la autoridad estableciese un servicio de mangas de riego domiciliarias, para ver si, regándonos, se nos quita este calor interno que nos encardece. De otro modo, no sé adónde iremos a parar con esta temperatura y con estas zarzuelas fosfóricas que ahora se estilan.

Noches pasadas, y durante la representación de una obra de esta clase, se volvió loco un caballero y comenzó a pedir a voces que le dieran una tiple para llevarse a su casa.

Dicho se está que no se la dieron, y el hombre gime hoy en la sala de locos del hospital provincial, repitiendo incesantemente:

—Yo quiero una tiple, yo quiero una tiple!

Que es lo mismo que digo yo, sin estar loco precisamente.

¡Hombre! ¡Un libro de Pepe Laserna! ¡Cuánto me alegro! Desearía yo que este ingeniosísimo escritor y compañero mío de *El Imparcial* reuniese en un tomo sus deliciosos artículos, y veo con alegría que acaba de publicarlo.

El libro se titula *Prosa ligera*, está ilustrado por Pons y cuesta baratísimo. Si con todos estos antecedentes no lo compran ustedes, juro a Dios que sufriré un triste desengaño.

¡Tengan ustedes piedad de mí!

LUIS TABOADA.

LA PECADORA

I

Cayó en los brazos de su amante Luisa, enamorada y ciega...

Se supo aquella falta... y ¡está claro! la condenó la sociedad entera.

Dios dió a la carne el apetito loco,

y el desco que engendra

un sin fin de fantásticos delirios

y una nerviosa é impaciente fuerza;

mas luego el hombre sujetó á sus leyes

la ruin naturaleza...

Faltó Luisa á este código ridiculo,

y el necio tribunal dió su sentencia...

¡V otra mujer al fango y al desprecio

sin que le sirvan lágrimas ni quejas!

II

Fue madre... Desde entonces, por un lado

tuvo la soeda guerra

del mundo, y por el otro la sonrisa

de un ángel. Se olvidó de la primera.

—¿Qué escándalo! mil bocas murmuraban...

Pero una... la más fresca,

la más rosada, la de más dulzura,

la más bella también... la más pequeña,

¡auténtica á la cara de la joven,

—¡Mamá!... con torpe lengua

murmuraba... ¡y el niño aquel vencía

todo un mundo de hipócritas miserias,

que en esa carne, al parecer tan débil,

hay siempre más poder que en un atleta!

III

Se encontraron las dos... no importa dónde...

Luisa, al mirar de cerca

la faz de la mujer que le vendía

la mano ardiendo por la fiebre y seca...
 sintió en el alma la profunda angustia
 que causa la miseria
 cuando implora al que pasa... y entra andrajoso
 un niño medio muerto se presenta.
 —¿Qué tiene?— preguntó. —¡Pobre angelito!
 Y la mujer contestó:
 —¡Hambre, señora! Como yo la sufro,
 muere en mi pecho, pero ¿cómo encontrar!
 ¡Oh! si pudieras convertir en leche
 la sangre de mis venas,
 ¡qué placer el morir, viendo á este pobre
 mamar mi vida entera!
 Y mirando hacia arriba como loca,
 murmuró en son de queja:
 —Si hay un Dios que no olvida al pajarillo,
 ¡por qué al ángel que muere no recuerda!

IV

—Dios está en todas partes!— dijo Luisa,
 y echando al punto fuera
 el pecho aquel donde su ciego amante
 recolinó, harto de goces, la cabeza,
 atrajo al niño, que cesó en su llanto...
 y mamó con tal fuerza,
 que la sonrisa de la hermosa joven
 brotó entre un gesto de dolor envuelta.

—Y al ver Dios aquel cuadro, desde el cielo,
 con alegría extrema
 le dijo á un santo que á su lado estaba:
 —Mira un momento allí... ¿Qué santa es ésa?
 —¡Una gran pecadora!... —¿Pecadora?...
 Y con su augusta diestra
 bendijo Dios á Luisa, y dijo: —¡Bueno!
 Me ha parecido santa... ¡y santa queda!

LUIS DE ANSORENA.

LA MENDICIDAD

Los diarios principales,
 haciéndonos un favor,
 publican las nuevas Or-
 denanzas municipales,
 y en ellas, con energía
 y sin más contemplaciones,
 se dictan disposiciones
 contra la pordiosería.

¡Gracias á Dios bondadoso!
 Por fin llegó ya el momento
 de que nuestro ayuntamiento
 hiciera algo provechoso,
 y mandara retirar
 á esas gentes pordioseras,
 que obstruyendo las aceras
 nos definen al pasar.

Si yo aplaudo esta medida,
 no es porque sea enemigo
 del desgraciado mendigo
 que procura por su vida,
 sino porque hay miserables
 que nos refieren sus penas
 presentándonos escenas
 bastante desagradables.

Ya no pedirán por Dios
 esos seres infelices
 que vemos con las narices
 perdidas por gala en dos,
 y las caras muy tirantes
 y los catís relajientes
 y las manos indecentes

y los ojos repugnantes.

Ni esos pobres desgraciados
 que enseñan, casi escondidos,
 medios brazos carcomidos
 que parecen embuchados.

No oiremos ya aquella eterna
 petición, que nos contrasta,
 del que le falta la vista
 ó el que le falta una pierna,
 ni veremos ya más veces
 en carricoches hundidos,
 contrahechos impedidos,
 enseñando desnudeces.

Basta ya de tolerancia
 y acabe esta exhibición,
 que en lugar de compasión
 nos inspira repugnancia.

Que vayan los desgraciados
 á vivir bien y tranquilos
 á todos esos asilos
 que hoy están desocupados;

que se cumplan sin tardanza,
 porque á todos nos conviene,
 los mandatos que previenen
 las llamantes ordenanzas,

con lo cual ganará much...
 la villa que rige *Rath* (1)
 y dirán al verte en *coch...*

—¡Como alcalde es un estuch...!

FIACRO-YRÁZCOZ.

PALIQUE

Nuevo Teatro Crítico.—Año II.—Núm. 18.

Resumen: Nominativo.—Ego.

Genitivo.—Mei.

Dativo.—Mihj.

Acusativo.—Me.

Vocativo.—(Carece, pero ya lo inventará D.^a Emilia.)

Ablativo.—Me.

¡No le parece á la Sra. Pardo Bazán que no se debe contri-
 buir á sabiendas á torcer y menos á empuñeñecar el sentido de
 las palabras?

Ella, que es tan bien hablada, ¿por qué sigue al vulgo en eso de
 llamar éxito al bueno exclusivamente? ¿No creer que se puede de-
 cir que un drama tuvo *mal éxito* lo mismo que se puede decir que
 le tuvo bueno?

Pues siendo así, ¿por qué dice en el número 18 de su *Teatro*

Crítico (p. 87) que el drama de Sellés tuvo *éxito completo*? Tener
 éxito completo es salir completamente, y nada más, y el *Garbano*
negro, por ejemplo; también tuvo un éxito completo; un éxito
 completamente malo.

Si D.^a Emilia habla así, ¿cómo van á hablar los *rotos* del im-
 profesionismo?

En otro número de su *Teatro* decía D.^a Emilia, así en crudo, que
 se había descubierto que *El alcalde de Zalamea* no era de Calderón,
 sino de Lope.

Tanto valor doy á las palabras de la ilustre escritora, que ape-
 sar de saber yo lo que había en el asunto, para mayor seguridad
 consulté con persona peritísima y... claro, lo que yo decía: lo que
 sabíamos todos sin que D.^a Emilia lo descubriera y lo dijera de
 modo tan crudo y en rigor inexacto y muy alarmante. *El alcalde*
de Zalamea, el gran *alcalde* que todos conocemos y admiramos,
 es... de Calderón. Lo que hay... es lo que sabíamos *casi todos*: que
 Lope también tiene su *alcalde de Zalamea*, que según Menéndez y
 Pelayo, *que le ha leído*, no llega ni con cien leguas al mérito de la
 joya calderoniana, aunque es obra recomendable, y en la que ya
 aparecen bien dibujadas las principales figuras. De modo que...
 apenas hay diferencia entre la *realidad* y la afirmación cuasi es-
 candalosa de D.^a Emilia.

La cual ahora le anda con los huesos á Quevedo, con ocasión
 de examinar un libro publicado hace seis años por un francés de
 Tolosa.

D.^a Emilia es muy aficionada á la erudición barata, de bazar, y
 de vez en cuando echa su cuarto á espadas en pelingudas mate-
 rias históricas.

Dígame si no su última conferencia acerca de los franciscanos,
 en la cual, según los peritos, hubo sapos y culebras...

En cuanto á su *San Francisco de Asís*... ya lo diré algún día
 también.

¡Y pensar que en poco estuvo que la Sra. Pardo Bazán escri-
 biera nada menos que la *Historia de la literatura española*! Afor-
 tunadamente no faltó quien le advirtiera en tiempo y con circun-
 loquios que no debía meterse en camisa de once varas...

Á Quevedo le trata con excesiva confianza, casi con desdén, y
 hasta con cierta ojeriza que muestra esta señora (tan discreta
 como sosa, en cuanto artista) contra todo lo que sea chiste, sátira-
 aguja y salada. De buenas á primeras niega al gran D. Fran-
 cisco idealidad, ensueños, *primeras materias* poéticas, en suma.

Ea decir, se va D.^a Emilia al extremo opuesto de la falsa idea
 que Florentino Sanz nos ofrece en su *Quevedo romántico, humo-
 rista*... en plata, absurdo.

Á primera vista, el *Quevedo verdadero* no se parece al de doña
 Emilia... pero mirando bien, y sabiendo leer entre líneas, y refri-
 rar los productos del ingenio maduro á las raíces que en el cora-
 zón y en la mente juveniles debieron de tener aquellas grandezas...
 se penetra en el alma del gran satírico y se ve que valió, aun
 como *idealista* y *soñador*, más de lo que la Pardo piensa... y más
 que esos *bohémios* á quien ella concede más *lirismo* y facultad soña-
 dora.

Por último: veo en el núm. 18 del *Teatro Crítico* una afirmación
 que me parece una gran herejía moral: según D.^a Emilia, el es-
 critor *está* *mejor obligado* á la abnegación, á la caridad, que otras
 personas. D.^a Emilia cree que la caridad puede ser objeto de una
 profesión especial, y que las personas que tienen por oficio la
 caridad están más obligadas que nosotros; los demás, á ser cari-
 tativas.

¡Qué serie de errores y de horrores morales y jurídicos!
 Si estuviéramos en aquellos tiempos en que D.^a Emilia y yo
 nos carteábamos, ¡qué de cosas le diría por tamañas atrocidades
 éticas!

¡Tapa, tapa!

CLARÍN.

BUSCANDO EL NIDO (1)

En vísperas de unirse Dolores Alba
 con Manuel Palomino, que era una palva,
 se marchó con su madre la pobreçilla
 á buscar, recorriendo toda la villa,
 un cuartito modesto, pero decente,
 donde pasar los días alegremente.

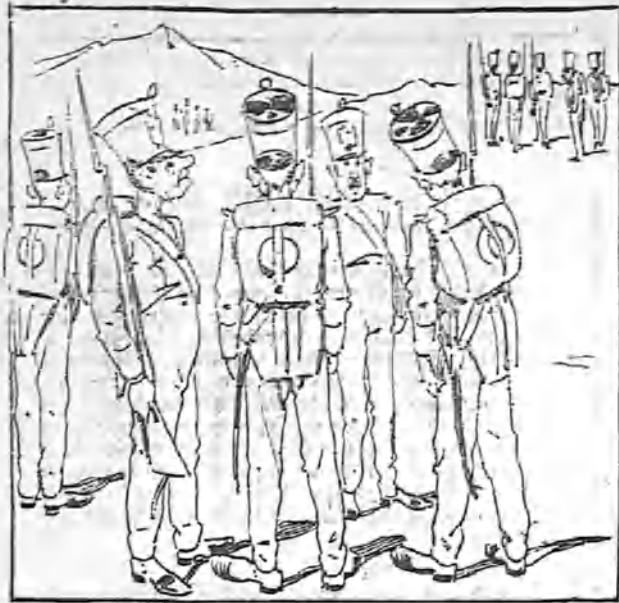
Vieron innumerables habitaciones
 de diferentes precios y condiciones,
 bendiciendo sin tregua por el camino,
 la hora en que conocieron á Palomino.

Vieron cosas muy raras en su tarea:
 cuartos con la cocina sin chimenea,
 otros con muchas piezas en sitio escaso,
 siendo, además de chicas, todas de pasaj;
 otras con cierto asiento sin tapadera
 y en un salón, á modo de rinconera;
 otros tan sumamente bajos de techo,
 que no cabía un niño de pie derecho,
 y otros, en fin, con fuentes en la escalera

(1) Dedicárame V. E. si no se escribe así su apellido, pero, amigo, es tan distribuido...

(2) Del libro *Guerra civil*, próximo á publicarse.

SERVICIO DE CAMPAÑA



Conociendo la proximidad del enemigo, se organizaron al llegar la noche, como era natural, los retenes de guardia.



Y de cada retén se destacaron los correspondientes escuchas.



A consecuencia de lo cual el buen García se quedó solo con su pensamiento y con la oscuridad de la noche.



Y se dispuso a cumplir como era debido su difícil misión.



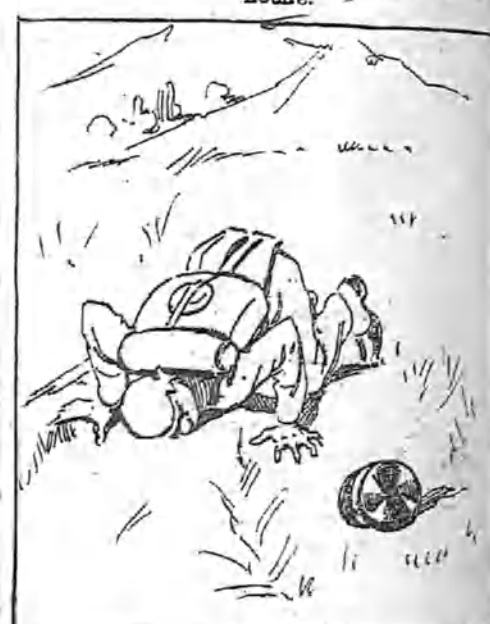
Pasaban horas... y nada.



Y pasaban más horas... y nada tampoco.



Como la calma del espíritu trae el sueño enseguida, García estaba ya si se duerme ó no se duerme...



Cuando le pareció oír un rumor lejano.



No había duda, el rumor era sospechoso.



Por las trazas se acercaba a todo correr un grueso destacamento de caballería.



El buen García echó a correr inmediatamente y comunicó la desagradable nueva al retén más próximo.



Del cual se destacó un individuo para comunicarle al campamento.



Donde le recibió el jefe de la brigada con el humor que es de suponer.



Dieronse las órdenes oportunas y a los cinco minutos toda la tropa estaba con las armas.



Afortunadamente empezó a clarear y con la aurora aumentaron las probabilidades de rechazar victoriosamente al enemigo, que á juzgar por el ruido debía aparecer de un momento á otro sobre la colina inmediata.



De la cual efectivamente descendió á la carrera una piara de cerdos, que, sin perdón, así se llaman.

y en las extremidades de la portera.
Después que á veinte cuartos subió Dolores para encontrar el nido de sus amores, mientras pasaba el novio muy malos ratos comprando en alamedas muebles baratos, vieron con papellitos en los balcones una casa en la calle de los Leones.

Bescaron ante todo la portera, y la portera dijo que no sabía, porque estaba en el cuarto su hija Rosenda y ella daría informes de la vivienda.

Sabieron las señoras, y en un momento vieron un espacioso recibimiento y un comedor alegre y una gran sala y luego una cocina que no era mala.

Todo les satisfizo, desde el retrete hasta la hermosa alcoba del gabinete. Pero aunque registraron la casa entera, no hallaron á la chica de la portera.

Sólo vieron que estaba (y esto es lo grave) cerrada la despensa, pero con llave.

De la puerta buscaron una rendija, tan curiosa la madre como la hija, y dentro del cuartucho ¡cosa estupenda! la fragantí cogieron á la Rosenda.

¡Pero lo que las puso fuera de tino es que estaba en los brazos de Palomino!

JUAN PÉREZ ZÓDIA.

EN EL CAFÉS

No hay que confundir las clases, que no son todos lo mismo; cafeses los de los barrios, no donde está el señorío, sino donde vive el rumbo, vamos, el Madrid más fino, pongo por caso, y digamos... la Cebada, San Francisco... porque son cafeses libres donde se conserva el tipo.

—La última novedad en corbatas, señoritos. —Présbite, vista cansada, periscopicos, cilindricos; buena gafa, *bueno leute*, cristal de roca legítimo, *sin glas* de Bohemia

—Boquillas para puros y pitillos, gemelos, pendiente, dijes, jabón de lechuga rico. —Ahí van las tres mil pesetas. —Mira, lárgate, chiquillo. —Que les va á caer á ustedes. —¡Dale!

—Miren qué bonito... —¡Te marchas? —Ahí se le dejo. —Toma, que si no le tiro.

—Que es de Colón, señorita, y les va á caer de tijo.

—¡Granaja!

—Que cae.

—¡Canario!

—Que está cayendo... ¡Qué tipos!

—No le mate usted, que debe dós pesetas á un amigo.

—¡Chulos!

—¡Esa señorita

ha picado en los novillos

por una casualidad?

Me parece haberla visto.

—¡Socorro! ¡favor!

—¡Qué pasa!

—No ha sido nada, un suicidio;

uno que entró, llamó al mozo,

pidió un bisté, queso y vino,

un café, media de abajo

y un cigarro, y se dió un tiro.

—¡Antes de tomar?

—No, hija;

después de haber concluido.

—¡Ah! Vaya, del mal el menos.

Eso es lo que dice el chico...

—¿Coaque vamos?

—Esta noche

nos habemos divertido.

EDUARDO DE PALACIO.

MINIATURA

—Si te quieres salvar (me dijo el cura) desecha esa mujer de la memoria, que la pasión impura te cerrará las puertas de la gloria; y escoger es preciso entre tu amor fatal y el paraíso.

Dura es la condición. Yo soy cristiano temeroso de Dios... y del infierno, y capaz de un esfuerzo sobrehumano para librarme del castigo eterno.

Pero ella es mi ventura, remedio y lenitivo de mis penas, da el alivio á mis horas de amargura y premio justo á las acciones buenas.

Con ella pierdo el cielo prometido, sin ella ya no hay gloria ni consuelo... ¡Pues no lo pienso más! Cielo por cielo, me quedo con lo malo conocido...

SINESIO DELGADO.

CUADRO DE GÉNERO

¡Á los toros!... ¡Corrida de beneficencia!... Un cielo que semeja una concha diáfana de turquí bañada de luz, y en el centro—como broche de pedrería—el sol que con un beso ardiente cubre de un extremo á otro la calle de Alcalá... ¡Quién pudiera trocar el lengüaje de la pluma por el del pincel de un Goya y señalar el cua-

dro que ofrece este pueblo madrileño, que sabe reír y disfrutar en una tarde lo que los demás de Europa en un año!...

Por Dios, que si no eres fleumático y en tus venas circula sangre española, has de encaramarte á la imperial de un coche si quieres disfrutar de un hermoso diorama... Pónese en movimiento el carruaje; al primer vaivén experimentas algo de marasmo; diriges la vista aquí y acullá y el exceso de vida, animación y color te hieren la retina; el ruido cae en el timpano como si á distancia escuchases el estrellamiento de un enorme salto de agua... El ómnibus enfila ya frente á la calle de Polígono; miras á lo largo de la de Alcalá; el declive pronunciado que ofrece su vasto arroyo se te autoja así como un monumental juguete de esos mecánicos formados de una caja de doble fondo en cuya superficie corren unas tiras de tela y enhiestos en ellas, gracias á la cola, una triple hilera de soldados; la diversión consiste en que, moviendo un manubrio colocado al dorso de la caja, esos soldados van uno en pos del otro y nunca—con gran asombro de los niños—tropiezan ni se interrumpen las filas; aquí no se trata de soldados de madera, sino de unos cuantos cientos de vehiculos de todas clases y formas, que atestados de gente van camino de la Plaza... Vistos á distancia, parece que por la afluencia van á chocar unos contra otros; pero no abrigues tan triste presunción: los tranvías de las Ventas repletos de gente, las calesas, manuelas, simones, tartanas, *tildurys*, ómnibus, carretelas, diligencias y *riperts*, marchan á gran velocidad y sus cubos pasan casi rozando con los del carruaje en que te hallas sin que se origine ninguna hecatombe... Si el mareo no se apodera de tí, dirige la mirada á las aceras y—á través de las copas de los pinos que las flanquean—columbrarás el amontonamiento de personas que, rebasando lo ancho de la acera, se extiende desde la entrada de la calle hasta su artística puerta, cuya mole te impide por el momento ver un poco allá; no toda la gente va á los toros; parte se desparramará por Recoletos, parte por el Retiro, otra seguirá hasta la Plaza, se internará en ella ó tenderá sus reales en los yerros campos que la circundan; otra, en fin, se perderá en los merenderos y fonduchos de las Ventas; es un cromático desfile que no podrás apreciar detalladamente, y así no pueden impresionarte tantos y tantos rostros femeninos y palmitos seductores propios de la tierra por la que Dios robó el fuego del sol para encerrarlo en los ojos de sus hermosas hijas...

II

Música estruendosa, original é inenarrable, preludios sinfónicos, «erescendos», notas epianisimas, acordes bronceos, toda la gamma de un Wagner loco produce la muchedumbre; áunense en este concierto el trepidar de las ruedas, los restallidos, las voces, gritos y risotadas de las pandillas de gente dominguera que en las imperiales de los ómnibus se bambolean; el oregonar de los granujillas: «El Suplemento con el nombre y seña de los toros que se van á lidiar esta tarde»; el monotonó é incesante *run run* producido por el trasegar de la muchedumbre; los silbidos de los mayores de los tranvías, y cuando desfilan por delante del ministerio de la Guerra los coches de Palacio escuchase, dominando el concierto, el agudo toque de las cornetas que envían al viento los acordes de la marcha real.

El sol arranca cabrilleos de luz al encharolado de los coches de lujo, irradia constante en los cabos metálicos de los arcos y finge estrellas de proteccionia en movimiento con los radios de las ruedas; refleja *zigzagueante* en las desnudas espadas de la guardia civil de á caballo; tornasola el pañolón de Manila que cruza el pecho de las mujeres del pueblo, que, muy repantigadas en el asiento de las calesas ó «manuelas», lucen orgullosas los esplendoros con que la naturaleza las dotó, allajándolas la fortuna; cae de lleno sobre los mantones alombrados, se enclava por entre los claros y copia sobre el nácar-rosa de los rostros femeninos el cucaje de las mantillas de blonda ó la más española de casco; juguetea en los varillajes de los abanicos; arranca nimbos de luz diamantina á los alamares y lentejuelas de oro y plata de los vistosos trajes de la cuadrilla, nota juguetea y atrayente de color encerrada en la caja de una carretela; cae de lleno sobre la muchedumbre que embarga las aceras; da más vida al conjunto de tintas diversas que forman las vestimentas, iris confuso interrumpido por grandes manchas grises; iris que anda, se desequilibra, pero no se desvaneca...

ALEJANDRO LARRUBIERA.

¿Á MÍ, QUÉ?

—¿No sabes, Nicanor, lo que he pensado? Que al cura del lugar le regalamos una de esas dos truchas que has pescado, y así le pagaremos el favor que nos hizo el otro día.

—Yo opino de otro modo, Baltasara; mucho mejor sería que mañana otra vez á pescar fuera, y se le regalara todo lo que pescara.

Porque de esa manera quedará del favor recómpensado, y con sola una trucha, ni siquiera tendrá para un bocado.

Además, ¿qué demuncio es una broma

que pesque yo... para que el cura coma!
 —¡No sigas, Nicanor! Eres un necio.
 —Que nos pueden oír, no hables tan recio.
 —No creí que llegara
 jamás tu desvergüenza, con ser mucha,
 á armar una cuestión por una trucha.
 —¡No chilles, Baltasara,
 mira que hablando estás con tu marido!...
 —Pues bien, lo he decidido:
 de las dos, una al cura le daremos,
 y la otra, tú y yo nos comeremos.

Cansado Micifuz aquella tarde
 de andar por los rincones
 comiendo cucarachas y ratones,
 quiso hacer de su astucia nuevo alarde,
 y dijo:—¡Si pudiera
 atrapar una pichna de ternera!
 Y levantando el lomo
 y estirando las patas,
 como suelen hacer gatos y gatas
 cada vez que lo juzgan conveniente,
 saltó la tapia del corral de enfrente,
 y sin tocar conejo ni gallina,
 se fué hacia la cocina
 de casa de sus dueños, con cuidado
 para no ser notado,
 porque nunca fué amigo de la lacha,
 y exclamó antes de entrar, de asombro lleno:
 —¡O mucho me equivoco, ó huele á trucha!...
 Y entrando en la cocina, y convencido
 de que no se engañaba,
 saltó sobre la mesa donde estaba
 el manjar codiciado, y el tunante
 con la trucha más gorda huyó al tejado
 y... pasado un instante,
 ni una espina quedaba del pescado.

Al echar Nicanor la trucha en falta
 y sospechar del gato,
 —¡Ahora sí que lo mató!
 exclamó hecho una liebre;
 y cogiendo la escoba, salió fuera
 de casa, en busca de él, hallóle luego,
 y al ir á darle un golpe con la escoba,
 dijo:—¡No, no le pego!
 ¡Matar á un pobre gato! ¡Qué locura!
 Si una trucha ha robado, ¡bien robada!
 Después de todo, yo no pierdo nada:
 el que pierde ¡es el cura!

ALBERTO CASANAÑAL SHAKERY.

CHISMES Y CUENTOS

El periódico *Petit Journal* abrió un concurso de andarines que habían de recorrer en el menor tiempo posible los quinientos kilómetros que median entre París y Belfort.

Ustedes creerán que se presentaron á disputar el premio unos cuantos desharrados sin ocupación conocida. ¡Pues no señor! Salieron de arrancada, como si se tratara de salvar la nación, ochocientos cincuenta ciudadanos franceses, en el pleno uso de sus facultades intelectuales.

Y entre ellos, *oh temporal* un catedrático del instituto Rollin.
 ¿No parece mentira que en el país más civilizado de Europa haya catedráticos que se lancen á tamañas empresas?

Pues lean ustedes:
 «Mr. Duval, el catedrático del instituto Rollin, quien durante muchas horas fué tenido por vencedor casi seguro, llegó el noveno á Belfort.

Esto no obstante, ha sido muy aclamado, y los profesores de París han acordado organizar un banquete en honor suyo.»

¡Los profesores de París!
 Vaya, ¡caramba! que también en París hay unos profesores...

Pero, *Liardo*, en el mundo hay más.

Hay lo siguiente:
 «El público mostraba mucho interés por los militares que tomaban parte en la lucha; pero éstos no han hecho gran figura. El primer militar llegado á Belfort ocupó el número 42 en el registro.»

¡También los militares!
 Sólo faltaba que Napoleón hubiese levantado la cabeza para decirles:
 «Andad, hijos míos, que desde lo alto de las pirámides cuarenta siglos os contemplan... y se rien de vosotros.»

Punto final:
 «Al salir de París, muchos de los andarines adoptaron trajes vistosos y de fantasía.

Los de punto multicolores abundaban, y hubo un individuo que se presentó armado de un quitasol tricolor. Otro llevaba un gran sombrero de paja puntiagudo coronado con un haz de diminutas banderas.»

Trajes de punto, sombreros de picos, haces de banderas...
 Perdonadlos, Señor, que no saben lo que hacen!

Apenas conjurada la huelga de los empleados en la estación del ferrocarril de Valladolid, ha surgido otra más imponente y trascendental en Cataluña.

Esta lleva trazas de generalizarse y poner en un grave conflicto á la autoridad competente. Lo probable es que acabe, como todas, con unas cuantas cargas de caballería por la Rambla, enarrendado al efecto.

Unos buscan la causa en la resistencia sistemática de los fabricantes, otros en las crecientes exigencias de los obreros...

Y probablemente dependerá de que aprieten mucho los calores y malditas las ganas de trabajar que tiene uno.

El grito de los huelguistas deberá ser éste:

—¡Caballeros! ¡Igualdad ante la siesta!

Á un árbol me cobijé,
 y el árbol se vino abajo;
 como tú hicieras lo mismo,
 ya me estaba cobijando.

Llevas dos manchas rojas
 en los carrillos
 que te puso la gracia
 por distintivo.
 Voy á limpiarte,
 porque llevo en los labios
 papel secante.

Un viejo me aconsejó
 que me casara contigo;
 cómo le cogiese ahora,
 le aconsejaba lo mismo!

J. PEÑAFLORES DE GALLEGOS.

Libros:

From ligera se titula el nuevo tomo publicado por la casa editorial de D. M. Fernández Lasanta, y le forma una preciosa colección de artículos del distinguido redactor de *El Intercambio* D. José de Laserna, ilustrada profusamente por el hábil lápiz de Pons. Precio: 3,50 pesetas.

En una torre de combate, ó de cómo llevé al fuego al «Majestic», folleto de H. O. Arnold-Forster, traducido con gran esmero y corrección, directamente del inglés, por nuestro amigo y colaborador D. Federico Montalvo.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Uno que empieza.—Y que no empieza mal, si es suyo eso, pero ha hecho una cosa que no es de la índole del periódico.

Don Mendo.—¡No! No nos metamos en economía política.

Fray Flor.—Eso ya me lo había usted remitido antes. Y si no usted, otro. Y no me gusta nada, ¡qué diantre!

Corrión.—Fijese usted, apreciable pájaro, en que, sin ir más lejos, el verso

«que no podía vivir sin ti un momento»

no es verso propiamente dicho.

Madridiño.—Ambas son lijas de la más cándida inexperiencia. Y no está usted muy bien de ortografía, que es lo más lastimoso.

Uno.—Seguramente el error consistió en que usted no se explicó bien, ó yo no entendí la pregunta como debía.

Sr. D. F. G. C.—Córdoba.—Es mediano el romance, pero no tanto que deba usted perder por completo las ilusiones. Peores los hacen otros.

Sr. D. R. P.—Tarancón.—Para que pudieran aprovecharse los dibujos, caso de ser aceptables, habría que hacerlos con tinta y papel litográficos, pues aquí empleamos ese procedimiento.

Sr. D. B. E.—No puedo decirlo á usted con seguridad, pero supongo que en la de Fe. Lo de las pantortillas lo sabía yo, pero temía que el público no lo supiera y preferí quitarles el *pan*, para dejarles al alcance de todo el mundo.

Un curioso.—No es nadie; es un símbolo de la vanidad humana que obliga á algunos desconocidos á echar á rodar sus nombres por la prensa con el pretexto de que salen á baños, de que se casan ó de que se mudan de camisa. ¡Ha entendido usted?

Garbrin-arutí.—No llame usted artículo á una colección de cantares. Los cuales son bastante medianos.

Peripetias.—La idea es vieja, y sin embargo está oscura.

Viller.—«En la playa, sobre la fina arena
 percibí mi oído notas melodiosas...»

¿Quieren ser endecasílabos por casualidad? ¡Pues no les ha salido la cuenta!

Camama.—Tiene el defecto de la vulgaridad. Pero no está mal versificada. Sírvale esto de consuelo.

Y. Bailis.—No me parece apropiado para los *Chismes* hablar del antropoide, que casi nadie sabe lo que es.

Carlión.—Tras un verso largo un ripin...
 ¡la cosa tiene de todo!

Si va á seguir de ese modo,
 quédese usted en el principio.

Catapiño.—¡Ay! ¡Qué desgracia! ¡Qué flojito le ha salido á usted el romance!

Sr. D. J. N. M.—Barcelona.—Sentimos no poder complacerle, pero son demasiado atrasados y quedan muy pocos.

Aleguá.—No podemos admitir artículos, aunque sean tan cortos como ése.

MADRID, 2891.—Tipografía de MANUEL G. HERRÁNDEZ, Impresor de la Real Casa.
 Libertad, 28 duplicado, bajo.

Let. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 36

ANUNCIOS



—Cuando me falte Tomás, que es el que me corta el pelo, me va a llegar hasta el suelo, porque no lo corto más.
Alcalá, 40.



—¡Hombre! ¿Cómo he de tener miedo del cólera morbo, si todos los días sorbo Cognac fino de Mequer! Avansaye.—Cervantes, 20



El muezzin siempre dice por la mañana: —¡Para perfumería, la Americana! Espoz y Mina, 26.



Y el eco le contesta todos los días: —¡Pues para restaurantes, Las Pullerías! Matute, 6.



—Como te vuelva a ver con mi señora te rompo las ruedas!
—Eso es imposible.
—¿Imposible?
—Sí, porque tengo una dentadura inamovible de las de Tirso Pérez.
Mayor, 73.



—Conque suspenso, ¿eh?
—Sí, señor, pero usted ha tenido la culpa.
—¿Yo?
—Sí, porque me compró usted una cama, del Bazar de la plaza de la Cebada, núm. 1, y me ha dado tanto gusto que no he salido de ella en todo el año.



—¿Dónde van ustedes?
—No nos recuerda usted del año pasado? Somos las americanas de alpaça de todas clases y precios que vamos a la sacrería de Peaquera, Magdalena, 20.



Las camisas de Martínez tienen la ventaja inmensa de que se lavan, se planchan y vuelven a quedar nuevas.
San Sebastián, 2.



No le digo nunca a Brañas que me enseñe los relojes, porque tengo la desgracia de que todos se me antojen.
Matute, 12.



—Caballero, pruebe usted el ans de *El Inpasial*, y si le sienta a usted mal, me doy contra la pared.
Vicente Lóbez.—Zaragoza.



Cómprale un bastón a Gras y verás cómo llamas la atención cuando sulgas con bastón.
Alcalá, 40.



¡Gran colección de fotografías interesantes!
(Catálogo: 50 céntimos en sellos.)
The Publishing Office. Amsterdam.



Te arreglas la cabeza, y ya se te conoce, en el salón de Rubio, Peligros, 10 y 12.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPANIA COLONIAL
TAPIOCA, TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

MADRID CÓMICO
PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO
PRECIOS DE SUSCRICIÓN
Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.
Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.
Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.
En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.
Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.
PRECIOS DE VENTA
Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
A corresponsales y vendedores 10 céntimos número.
REDAICIÓN Y ADJUNTAICIÓN: Península, 4, primera clase
Tel. fono núm. 2.180.
DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ A CUATRO